

---

# LA BANDERA RADICAL

---

REVISTA DE INTERESES GENERALES

---

**CARLOS MARIA RAMIREZ**

DIRECTOR

---

## SUMARIO DEL N.º 23

---

EL NÚMERO TRECE: Novela original del Dr. D. Guillermo Blest Gana — LAS TITULADAS COLONIAS ESTRANGERAS: CAUSAS DE SU EXISTENCIA Y MEDIOS DE NACIONALIZARLAS: Segundo artículo — LOS PALMARES: Novela original de Carlos Maria Ramirez (continuación) — EL REY DE LOS PAJARITOS; *Una página de historia natural* — EL BAUTISMO DE LA VIDA NUEVA — LA SEMANA POLÍTICA — *Ensanche y descentralizacion de la prensa* — *Nuestros compañeros de armas en la Cárcel* — *Peticion de los presos: el Habeas Corpus Oriental* — *Agravacion creciente de los males públicos* — *El problema insoluble de la Hacienda* — *El problema insoluble de la guerra* — *Anarquía moral de nuestra época* — *Gotas de tinta.*

---

## El número trece

NOVELA ORIGINAL DEL DR. D. GUILLERMO BLEST GANA

(Continuacion.)

### II.

Mi sospecha de la noche anterior renacia con la lectura de esos versos, así es que dejando el papel sobre la mesa y mirando con pesar à mi amigo, le dije tratando de afectar indiferencia: los versos no son malos, me gustan; pero temo una cosa.

— Temes? contestó Andrés, como saliendo de una distraccion profunda al ruido de mis palabras.

— Sí, repliqué, temo que te empeñes en realizar ese sueño.

— Y por qué? No te parece muy bello? Qué sería el dolor si lográsemos gozar de todo eso durante media hora? Nó, mi amigo, su realizacion haria la ventura de mi vida.

— Sin embargo, me asusta.

— A tí? Eres el mas eterno soñador que yo conozca, y no tienes derecho.....

— Te engañas, por eso mismo sé lo que debe esperarse al despertar.

— Según eso, no debemos aspirar á la dicha por el temor, ilusorio tal vez, de estrellarnos contra la frialdad de un desengaño?

— Mira, Andres, tengo ménos edad que tú; pero creo haber vivido mas aprisa. Es cierto, usando de tus palabras, que he sido un eterno soñador: he recorrido el mar de las ilusiones á velas desplegadas; conozco sus islas de esmeraldas, sus abrigados puertos y sus márgenes floridas; pero créeme, he sufrido tambien deshechas tempestades, y hay en ese piélago escollos y bajíos que todos desconocen, y que se esconden talvez en donde las aguas parecen tersas y brillantes como un espejo.

— Me parece que de aspirante á poeta, pretendes pasar á una cátedra de filosofía.

— Nó, pretendo solo arancarte del mundo de las quimeras, para traerte á la tierra; pretendo ponerte frente á frente de tu pasado y enseñarte con tu experiencia propia.

— Mi pasado, murmuró Andres pasando su mano por la frente como para desechar una idea enojosa, mi pasado, quiero olvidarlo: las nubes no ocultan los rayos del sol sino en el invierno. Talvez hubo en el mio algunas nubes de primavera que el verano ha disipado. Y dime, si no abrigase en mi corazón la esperanza de amar, la mas dulce todavia de ser amado alguna vez, para qué me serviría la vida?

— Eso es hablar como enamorado.

— A qué negarlo? la amo! me dijo con aquella injénua sencillez la verdad.

Conoci que todo estaba perdido; el mal habia echado raices. Con todo, conocia bien á Andres, sabia que las pasiones no eran para él esa chispa ficticia con que de ordinario, en los amores de nuestro mundo, tratan de inflamar los restos de ese fuego del alma que los cálculos y la perversidad ahogan entre montes de hielos, para que renunciase, despues de la primera tentativa, á apartarle del abismo que veia antes sus pasos. Despues de algunos momentos le dije siguiendo la conversacion interrumpida: Tú la amas: eso es precisamente lo que me espanta. ¿Qué esperas de ese amor?

— Lo sé yo, acaso? replicó Andres con la inocencia de un niño.

— No lo sabes? pues yo voy á decírtelo. Si esa mujer, á quién apenas conoces, y á quien comienzas por entregar tu corazón, para hacer-

la á poco andar tu único pensamiento, mira tu afecto con desden, te consuela con palabras de fria amistad, ó coqueta vulgar, desconociendo lo que vale un amor sincero, pisotea tu ofrenda, hace de tu corazón recto y generoso el pedestal de sus efimeros triunfos, jugando con tu dignidad y tu amor propio; llegarás en poco tiempo á ser un hombre digno de lástima á quién se mirará con degradante compasion. De independiente y libre pasarás á ser esclavo, y esclavo que no tiene siquiera el placer de la dulzura de sus cadenas. Perseguido entonces por la rabia de las pasiones sin esperanza, concluirás por entregarte á los vicios ó por darte un pistoletazo.

— Es cierto, pero yo la amo, dijo Andres en voz baja, y talvez un dia.....

— Oh! Eso seria peor mil veces, repuse yo, si, seria horrible. Si esa mujer corresponde á tu afecto, por los rarísimos momentos de felicidad que pueda darte, tendrás que ver á tu idolo arrojado de su altar por la opinion de la sociedad, por esa opinion que no perdona nunca las pequeñas faltas, los estravíos del delirio de la pasion, que lanza el anatema sobre la virtud y la nobleza que caen talvez víctimas de un afecto superior á humanas fuerzas; pero que no hace caso del desenfreno y del descaro. Paulina se encuentra en el primero de estos casos: será la virtud que sucumbe, y la rivalidad y la envidia se echarán sobre su reputacion como tigres y hienas sobre su presa. Si, ténlo presente: si te ama, tu idolo caerá; será culpable, emponzoñará la paz de su existencia vertiendo en esa alma pura el veneno de un ilícito amor; para verla un instante, tendrás que esperar días enteros, y cuando venga con las lágrimas en los ojos á echarse entre tus brazos, no te dirá; Háblame de tu amor, calma con tus caricias este fuego que corre por mis venas y que me abraza el alma! » nó! vendrá á preguntarte que has hecho de la paz de su vida, antes tranquila y sin mancha; vendrá para hablarte y hacerte participe de sus remordimientos; para contarte los temores de sus vijilias, y mostrarte los fantasmas de sus funestos sueños!

Despues, un dia, porque nunca ese dia deja de llegar, un hombre llamará á tu puerta; el mundo en su injusticia; aunque tú solo eres el culpable, habrá estampado una marca de deshonor sobre la frente de ese hombre, y él, indignado, fuera de sí, los ojos chispeantes de cólera, y con la muerte en el alma, vendrá á pedirte cuenta de su honor manci-

llado, de su hogar destruido, de su nombre vilipendiado, del porvenir de sus hijos sin madre, de su existencia envenenada para siempre!

Y tú, qué podrás decir tú delante de esa mujer que llora, y bajo la mirada de ese hombre que te provoca?

Andrés guardó silencio durante largo rato; yo le miraba con pesar, porque comprendía entónces lo intenso de esa pasión que no había juzgado en un principio sino como un capricho pasajero, una simpatía acaso un poco exajerada, ó el sueño de una noche de verano. Aquella alma tan rica y fatalmente dotada no concebía esas cómodas pasiones, alimento ordinario de los corazones gastados en el roce de la sociedad. Engañado en las esperanzas de su primer amor, su corazón, como esas aves que buscan un seguro sitio para dormir su largo sueño de un invierno, se había concentrado en sí mismo, alimentando el calor interno con las llamas de sus propias ilusiones. Ajeno al mundo, á sus intereses y sus cálculos, sus impresiones tenían toda la fuerza de su edad, y la fresca pureza de los primeros días de su juventud. Amaba como se ama en los primeros años, por amar, sin parar la atención en las ventajas ó inconvenientes de una pasión funesta muchas veces.

Yo veía que mis reflexiones, por justas y razonables que ellas fuesen, nada podían contra aquel amor que, nacido apenas, se engalanaba con todos los atavíos de los recuerdos y las promesas de la esperanza. En la frente de mi amigo se adivinaba esa lucha del corazón y la razón, lucha funesta en la que las mas veces la severa filosofía, desesperando de su triunfo, se marcha en busca de los corazones frios y de las almas tímidas en donde está segura de cimentar su imperio. Al traves de sus dudas y temores la imájen de la mujer querida aparecía triunfante; todo desaparecía á su aspecto; obstáculos, temores, penas, ¿qué eran ante aquella imájen adorada en cuyos lánguidos ojos se divisaba una esperanza?

Empeñado con todo en separar á mi amigo de aquella senda que creía yo terminada por un abismo, iba de nuevo á dirigirle la palabra, cuando Andrés interrumpiéndome, me dijo con voz dulce y mirándome con cariño:

— Sé cuanto puedes decirme: yo mismo me lo he mil veces repetido: mi amor es una locura, pero amigo mio, yo la amo!

Todo era inútil, así es que como variando de conversación, le dije: Sabes que me voy al Perú?

— Lo siento, contestó Andrés distraído.

— Deberías venirte conmigo, agregué.

— Yó? imposible!

— Un viaje te haría bien. Además no creo que aquí sea para nada indispensable tu presencia, i juntos podíamos pasar muy buenos ratos.

— Gracias, gracias, repuso Andrés tomándose la mano. Yo haría lo mismo por ti si te encontrases en mi lugar, agregé con voz triste, y mostrándome la inutilidad de mis esfuerzos.

Poco rato despues sali de casa de Andrés llevando en mi corazón un triste presentimiento.

### III.

En cuatro meses no volví á ver á Andrés. Por aquel tiempo se habían hecho ya los paseos á Valparaíso durante la estación de los calores y Paulina había sido aquel año de las emigrantes. Escusado es decir que mi amigo no fué de los últimos en abandonar las calles de nuestra vieja Capital.

Era una noche del mes de Abril y me vestía yo para asistir á un baile cuando vinieron á anunciarme que un caballero me buscaba; « que pase adelante » dije yo, y un momento despues me abrazaba Andrés diciéndome: Al fin estás de vuelta.

Despues de cambiar las primeras frases de preguntas y respuestas, vino á mi memoria la pasión de Andrés.

— Amigo mio, le dije, á qué altura nos hallamos en el *rio tierno*.

— No te burles, repuso él, creo haberte dicho que amaba.

— En efecto, y es por eso que te pregunto á qué altura te encuentras?

— He estado con ella en Valparaíso.

— Ya lo sé, pero tu amor . . . .

— Es siempre el mismo.

— Y ella?

— Ella! es un ángel. Hay con todo ocasiones en que creo que concluiré por darme un pistoletazo.

— No te ama entónces?

— No sé qué responderte. Hay días en que está dulce, tierna, cariñosa, en que las palabras con que indirectamente suelo significarla mi afecto, parecen resonar en su alma como una música melodiosa; pero hay otros, amigo mío, en que huye de mí y en que parece mirarme con aversión.

— Eso es muy natural, dije yo, arreglando el nudo de mi corbata.

— Una noche, siguió Andrés, no paseábamos por la playa del mar: la luna estaba hermosísima; solo de cuando en cuando una palabra venía á interrumpir nuestro silencio. No es cierto, la dije en una de estas ocasiones, que fué sin duda en una noche como esta cuando el primer hombre sintió despertarse el amor en su corazón? Su brazo, que apoya en el mío, tembló ligeramente, y fijando en mí sus grandes ojos negros, me dijo, como dominada por una emoción profunda.

— Es verdad: en estas noches me parece que tengo 17 años, y que vuelvo á soñar como entonces.

— Dulces sueños, agregué yo, que no necesitarían sino de una palabra para convertirse en realidad.

— En realidad? nó, Andrés, los hombres, en su egoísmo, comprenden tan raras veces la delicadeza de nuestro corazón, y por un momento de engaño, nos hacen llorar noches eternas.

— Paulina, Paulina, iba á decir yo, ¿no me cree vd. capaz de comprenderla, de amarla como vd. merece ser amada? Pero mi voz espiró en mis labios y no sé cómo tuve valor para tomar su mano entre las mías: ella no la retiraba y al contrario parecía sentir como yo, que en aquel contacto de nuestras manos se encerraba una embriaguez celeste.

Iba á revelarla mi amor, cuando nos alcanzaron otras personas que habían venido con nosotros. Yo guardé silencio. Al despedirme estreché su mano con pasión, y ella como cediendo á un impulso irresistible puso su otra mano sobre la mía, diciéndome con voz llena de ternura:

— Hasta mañana.

Esa noche fui el hombre más dichoso: estaba loco de contento; me creía amado.

Al día siguiente cuando fui á su casa no quiso recibirme, y en quince días no pude verla.

— Y después? dije yo, poniéndome el sombrero.

— Ella se vino á Santiago y no he podido encontrarla nunca sola.

— Tú vas al baile? pregunté á Andrés, variando de conversación.

— Sí, espero allí ver á Paulina, contestó mi amigo, y tomados del brazo nos alejamos de casa.

Muchas de mis lectoras sentirán todavía latir su corazón á la idea de un baile. Quizás por Andrés pasaba otro tanto en el momento de que voy hablando. Lo que es por mí, con la vista clavada en las estrellas, iba deliciosamente entretenido en combinar el plan de un drama que, para que no os asusteis, prometo no contar, ni meaos publicar, pues lo que es hasta ahora no está escrito. No recuerdo en cual de las escenas me encontraba, cuando llegamos á la casa en que se daba el baile.

Así como hay jentes á quienes nada sorprende en este mundo, hay otras que admiran todo cuanto ven: sin contarme entre los primeros no soy tampoco como los segundos. Guardo el justo medio tan recomendado por los filósofos; pero hay días en que pertenezco á los indiferentes, y días en que soy todo admiración. Sin duda me hallaba en uno de estos últimos, pues el lujo de los salones, la belleza y elegancia de las mujeres, entre las que algunas había, que más que seres vivientes, parecían el mostrador de un joyero, las luces, la animación de todos los semblantes, las frases entrecortadas que á mis oídos llegaban, todo en fin, á mi entrada en el salón del baile, me hizo olvidar de mi plan, dejando talvez mi heroína con mi héroe en una plática de amor.

Paulina estaba sentada en un sofá colocado al extremo del salón. Vestía un traje blanco sencillo, y por único adorno de lujo tenía pendiente del cuello una pequeña cruz de brillantes. Estaba hermosísima: yo comprendía entonces la pasión de Andrés.

Elvira, la heroína de la historia, como hay muchas, y primer amor de nuestro héroe se encontraba también en la sala. A nuestra entrada dió á Andrés una mirada de despecho, una de esas miradas que revelan un drama entero. Donde hubo fuego, cenizas quedan, no pude ménos de esclamar en mi interior, mientras Andrés, sin hacer alto en ella, pasó á sentarse al lado de la dueña de casa.

Yo saludé á Paulina, la que me respondió con estas palabras: Al fin, se le ve á Vd. ! Creía ya que se había hecho Vd. anacoreta.

— Que cierto es, Paulina, que siempre que nos quejamos de la suerte es con injusticia, la dije yo sentándome á su lado.

— Si Vd. lo hace, será injusto en efecto.

- Vea Vd., no ha mucho rato me quejaba del olvido de todos.  
 — Sin duda porque no se acordaba Vd. de mí.  
 — Al contrario, hablábamos de Vd.  
 — De mí. . . . pero Vd. dice hablábamos.  
 — Es verdad.  
 — ¿Y puede saberse quién le acompañaba en tan provechosa ocupacion?

— Si, un amigo de Vd., Andrés.

Un lijero rubor tiñó por un instante las pálidas mejillas de Paulina, la que cortando bruscamente la conversacion, me dijo con ese tono de indiferencia que las mujeres toman para ocultar sus pensamientos:

- Qué le parece á Vd. el baile?  
 — En este momento, lindísimo, repuse yo, seguro ya de que Andrés era mas dichoso de lo que acaso pensaba.  
 — Cuál es la niña que mas le gusta? preguntó entonces Paulina.  
 — Vd., iba á decirlo, como lo hacen todos los hombres en casos semejantes, pero variando de idea respondí: Vea Vd., esa es una pregunta delicada.  
 — Por qué?  
 — Porque talvez soy en esto de la opinion de un amigo mio, acérrimo enemigo del matrimonio.  
 — Tanto aborrece V. á las mujeres?  
 — Nó, no es eso; al contrario, las adoro.  
 — Y entonces?  
 — Mi amigo las adora tambien, y dice que jamas se casará por no tener una ménos á quien amar.  
 — Es decir que V. podrá amarlas á todos?  
 — Al revés de mi amigo Andrés, que no ama sino á una sola.  
 Paulina afectó no oirme y guardó silencio. Un momento despues Andrés estaba á nuestro lado.

Si hay alguno de los mandamientos con el que yo haya cumplido exactamente, es con el undécimo *no estorbar*, quebrantándolo solo cuando en mi mano no ha estado evitarlo, ó cuando por ignorancia he hecho sufrir á algun prójimo lo que tanto y tan repetidas veces me han hecho sufrir á mí; pero como en aquel momento no tenia ni otro de estos

motivos en qué apoyarme, me alejé de la hermosa pareja, pretestando ser llamado por alguno

Vino entonces á mi memoria la mirada de Elvira. Hay mujeres, me dije en mis adentros, que olvidarán á su amante como la cosa mas natural del mundo; pero hay pocas talvez que perdonen que el hombre que las ha amado queme ante otro altar el incienso de su adoracion. De estos celos póstumos, si así puedo explicarme, he visto repetidos ejemplos. Acaso la bella Elvira se encuentra en este caso, y con esta idea y halagado por la esperanza de leer una página de ese libro precioso y á veces indescifrable, que se llama corazon, me fui á sentar al lado de la jóven que, en aquel momento, parecia entretenidísima con la conversacion de un elegante.

Aquellos de mis lectores que conocen á Elvira, recordarán los acontecimientos que precedieron á su enlace con don Demetrio Castaños, acomodado mozo, que añadía á sus cuantiosos bienes, la no muy rara cualidad de no ver mas allá de sus narices. Esperando *criar el amor*, como la decian sus padres, Elvira habia abandonado á Andrés á quien amaba, para entregar su mano á su pariente Castaños, cuyos escasos méritos le eran harto conocidos. Sucedió en éste lo que en muchos otros matrimonios de aquellos en que el *amor debe criarse*: al cabo de poco tiempo los jóvenes esposos se fastidiaron el uno del otro: Castaños encontraba que su esposa tenia un génio caprichoso y versátil que se avenia mal con la pereza é indolencia naturales de su carácter. Por su parte Elvira, conociendo la superioridad de su inteligencia comparada con la de su marido, exageraba acaso su falta de capacidad, hablando siempre de él con una especie de compasion despreciativa, que revelaba á las claras la falta de esa perfecta armonia, que debe reinar en un matrimonio para que la paz y la dicha no se deserten del hogar.

Elvira, que hallaba fastidiosa la compañía de su esposo, se rodeó de un gran círculo compuesto de las gentes de buen tono, y buscó en los teatros, los bailes y paseos, una distraccion á las escenas monótonas y sin interés de su vida de familia. Castaños por su lado, encontró que los naipes y los dados pueden compensar al hombre de la ausencia de las domésticas venturas.

Elvira era coqueta: era una de esas mujeres cuyo mayor placer con-

siste en tener adoradores, y que se creen virtuosas porque no dan á sus amantes nada que pase mas allá de dulces palabras ó de lejanas esperanzas. No conozco nada mas triste que la vida de estas mujeres, á los ojos del mundo tan dichosas, sino es la de esos pobres jóvenes que cometen á veces la locura de amarlas con verdad. Para ellas todo es ficticio, y juegan al amor como los niños á la gallina ciega: los celos de la vanidad, y las mezquinas rivalidades les causa desvelos hartos mas amargos que los de la pasión, porque no tienen su pureza; y un día talvez, cuando sus encantos van perdiendo el brillo de la juventud, mariposas que han girado en torno de una luz sin creer que abrasa, sienten quemarse sus alas, y se entregan á un hombre que las despotiza, haciéndolas pagar con sus desprecios, las muchas lágrimas que tal vez han hecho correr en silencio de los corazones inespertos.

Apénas me senté á su lado, Elvira se volvió hácia mí cortando talvez su conversacion con el elegante en la mitad de una frase. La primera ley de una coqueta es atender al recién venido, si está segura de su triunfo sobre el que tiene el derecho de prioridad.

— Vd. por aquí? me dijo sonriéndose y mostrando así sus dientes blanquísimos. Yo lo creía á Vd. en el Perú.

— Cuando se tiene la dicha de tener lindas amigas, jamás puede uno ausentarse para siempre, díjela yo, con ese acento de complacencia que adoptamos siempre que nos dirigimos á una mujer bonita.

— Me habían dicho que estaba Vd. enamorado.

— Es verdad.

— ¡Cómo! y lo confiesa Vd.?

— Sin duda; qué tiene eso de extraño?

— Es cierto, nada, como ustedes nunca nos dicen la verdad.....

— Cuando mentimos, nunca.

— Y cómo es que ha vuelto vd.?

— Es claro; porque quería ver.....

— A su familia?

— Nó.

— A quién entonces?

— A la mujer á quien amo.

— Se encuentra aquí?

— A mi lado.

— Vaya! no embrome vd.

— Al contrario, el asunto es muy serio.

— Sabe que el viaje le ha hecho á vd. galante.

— No, Elvira, lo que me ha hecho es franco.

— De veras?

— Lo duda vd.?

— No lo creo únicamente. Pero hablemos de otra cosa.

— De lo que Vd. quiera.

— Qué le parece á Vd. Paulina? preguntó entonces Elvira después de haber recorrido el salón con la vista.

Conoció que llegábamos á la cuestión.

— Si no estuviera Vd. aquí diría que era la mas bella, respondió mirando á Paulina que hablaba en aquel momento con Andres.

— Es verdad, es muy bella, repitió Elvira con rabia mal disimulada, y guardó silencio por algunos instantes.

Después como siguiendo en voz alta el hilo de sus pensamientos me dijo con aire de distracción, pero solicitando una respuesta:

— Me aseguran que no es feliz.

— Quién podría afirmarlo? repuse yo, para hacer que declarase del todo su pensamiento.

— Vd. sabe que solo con las riquezas no se hace la dicha de una mujer. La sociedad, es decir los hombres, creen que cuando una puede llevar lujoso traje, y alhajas de brillantes, de nada mas habemos menester. De todo cuanto constituye nuestra naturaleza no conocen sino aquello que menos nos favorece: la vanidad y los frívolos caprichos. Muy pocos, ó ninguno talvez, adivinan que esas débiles criaturas necesitan el apoyo de los tiernos afectos.

— Pero en el caso presente, observé yo notando que Elvira, apartándose de la cuestión, aspiraba á presentarse como víctima, me parece que de ninguna de esas verdades, por mas innegable que ellas sean podemos hacer aplicación.

— Al contrario, me dicen que su marido....

— La adora.

— Puede ser; pero vd. no ignora que los padres de Paulina la obligaron á casarse con el señor Alvarez. Ella no le amaba y....

— Le habrá amado después.

— Eso es muy difícil. Y también vd. habrá notado que ella siempre está triste, aunque ahora.... Pero dígame vd.? no se llama Andrés el joven que está á su lado?

— Sí, contesté yo secamente.

No sé quien ha dicho que se puede olvidar á un amante; pero que renegar de él es una infamia. Aquella pregunta de Elvira me habia hecho subir la sangre á la cabeza, y estaba para retirarme de su lado renunciando á mis propósitos de observador cuando ella me dijo:

— Me aseguran que Andrés, su amigo de vd. ha tomado á su cargo la empresa de consolarla.

— Eso lo dice vd. porque le ve á su lado.

— No, es que me han dicho....

— Se dicen tantas cosas que no son verdad.

— Tiene vd. razón, pero Andrés.... Elvira se interrumpió en este punto y sus ojos lanzaron un rayo de mal reprimida cólera dirigida hácia el lugar en que se hallaba Paulina. Yo seguí la dirección de la mirada de Elvira, y vi que Andrés se alejaba llevando en su mano un hermoso pensamiento que pocos momentos antes habia visto en un pequeño ramo que Paulina llevaba al seno. Me fué fácil explicarme el despecho de Elvira, la que preocupada con el nuevo giro que aquella flor habia dado á sus pensamientos, olvidó del todo nuestra interrumpida conversacion.

(Continuará.)

## Las tituladas colonias extranjeras — causas de su existencia y medios de nacionalizarlas

### SEGUNDO ARTÍCULO

Refiere Jules Duval, el ilustre historiador de la emigracion de los hombres en el siglo XIX, que hácia fines de 1854 cuando la poblacion acudia con mas fuerza á Norte América, se formó en algunos Estados de la Union un partido que exagerando el famoso principio de Monroe pretendia poner limitaciones á la introduccion de elementos extranjeros. Este partido trabajó y se agitó por todas partes; propaganda, reuniones públicas, organizacion de convenciones y hasta algunos excesos populares, fueron los signos visibles con que apareció en escena, sin alcanzar

por eso á conservarse en ella sino durante el breve espacio de dos años. En 1856, el partido de los *Know nothing* habia completamente desaparecido, porque el sentimiento público rechazaba que se encontrase un peligro nacional en el gran fenómeno que habia contribuido tanto al esplendor de los Estados Unidos.

Si un partido semejante apareciese en la República Oriental del Uruguay, su existencia no dejaria de ser igualmente precaria y pasajera; pero por razones muy diversas de las que produjeron igual hecho en la República del Norte. Quieralo ó no nuestra susceptibilidad patriótica, sin capitales extranjeros, sin poblacion extranjera, nuestra nacionalidad no alcanzaria nunca los elementos necesarios para llamarse tal, y para elevarse en la escala del progreso, siguiendo el movimiento armónico de la humanidad. La inmigracion que hoy afluye á nuestras playas podria ser un gran peligro nacional, y sin embargo, nos veriamos forzados moralmente á recibirla, porque el propósito contrario, la reclusion del Paraguay durante el reinado de Francia y de los Lopez, consumacion de todos los peligros posibles, importaria un suicidio.

La Union Americana se encuentra, y se encontraba desde mediados del siglo XIX en muy distinta situacion, porque ya encerraba en sí todo lo necesario para constituir una gran asociacion de vida propia y de creciente influencia en los destinos de la humanidad entera. Si la Union abre sus puertas á las clases emigrantes de la Eurapa, no es tanto con el objeto de aumentar la poblacion de las tierras que ya ocupa, sino con el de satisfacer sus colosales aspiraciones de expansion, invadiendo como una marea continua, con la ola de la mas bella civilizacion del mundo, los fecundos desiertos que se estienden al rededor de sus Estados.

Con generalidad se acusa de conquistadores á los Norte-Americanos, y la verdadera conquista que realizan, sin necesidad de otra alguna, es la conquista de la naturaleza virgen y de los elementos gastados que la Europa envia á vivificar su esencia en la poderosa fuente de las instituciones democráticas. En el seno de la Union, el extranjero al punto identifica su vida con la vida del pueblo á que se acoje, porque al desarrollo de esa vida vé desde el primer momento vinculado el desarrollo de los intereses que lleva ó la realizacion del porvenir que espera. Al vago recuerdo de la patria consagrada por la tradicion del sentimiento, se

sobrepone acaso la conciencia activa de una segunda patria que lo atrae con la generosa ofrenda de los bienes mas necesarios y mas estimados del hombre. El jefe de la familia podrá morir en la religion antigua, pero la nueva religion queda en su hogar, y los descendientes del emigrante afortunado no conocen ni aman sino la misma patria en que nacieron. Es tal esa fuerza de la asimilacion nacional, que los Estados Unidos, ofreciendo liberalidades á la emigracion, han llegado á declarar que los hijos de extranjeros pueden á su albedrio optar entre la nacionalidad de origen y la nacionalidad de nacimiento —(Vease á *Jules Duval — Emigration au siècle XIX: page 189.*) Como no ver que los Estados Unidos lo han hecho, á semejanza de la madre que ofrece amplia libertad á sus tiernos hijos, segura de que el amor filial los mantendrá constantemente en su regazo !

Con instituciones semejantes, y con carácter igualmente hospitalario como lo demostramos en nuestro primer artículo, la República Oriental, á medida que avanza en su carrera independiente, y progresa como receptáculo de emigracion extranjera, no consigue formar sino una juxtaposicion de *colonias*, bajo cuyo régimen y preponderancia, la nacionalidad pierde su fuerza, su dignidad y su prestigio. Es un fenómeno que se rige por las mismas leyes sicológicas del fenómeno contrario que observamos en la gran República del Norte. El extranjero viene á nuestras playas ; viene; lo atrae la fama de la feracidad de nuestros campos ó de la crecida remuneracion del trabajo, ó de la facilidad con que se adelanta en las diversas carreras del comercio. Ya lo tenemos transplantado á nuestro suelo. Veámoslo crecer como una planta exótica.

Hay en el hombre una tendencia irresistible á informarse de las cuestiones que se debaten en la tierra donde habita, una tendencia irresistible á ponerse en comunicacion inmediata y permanente con la sociedad en cuyo seno se encuentra su persona y están sus intereses radicados. Es el efecto del instinto de la sociabilidad, por una parte, y del egoismo inteligente y previsor, por otra — egoismo y sociabilidad, dos sentimientos inseparables del corazon humano. Obedeciendo á ellos, el extranjero dirige al escenario político del pais una mirada escudriñadora, y encuentra la lucha encarnizada de dos bandos que no presentan ningun programa práctico de principios, ni de reformas, ni de mejoras, ni de ninguna de las aspiraciones que pue ten favorecer ó lisonjear las conveniencias lejiti-

mas del hombre completamente ageno á las tradiciones de un pueblo. Encuentra la lucha encarnizada de dos bandos que se despedazan á muerte por divisas y pasiones de un pasado tenebroso donde la virtud y el crimen, la gloria y la ferocidad, todo se encuentra involucrado en un indescifrable enigma de convulsiones civiles, terribles como las mas terribles que los anales de la humanidad han conocido. Encuentra enfin, el debate estéril y sangriento de las divisiones históricas, que han perdido siempre á las naciones, cuando buscaba el tranquilo y fecundo movimiento de las fuerzas que operan en el engrandecimiento de las sociedades, la felicidad de sus miembros ! Viene entonces la reaccion de la sociabilidad y el egoismo. Aparta el extranjero la vista de ese cuadro sombrío, y busca entre sus compañeros de nacionalidad el centro donde pueda expandir sus sentimientos y realizar la comunidad irresistible de los intereses legitimos. Mucho nos equivocamos, si no es esta la profunda causa interna que delinea en el fondo de nuestra sociabilidad la singularisima creacion de las *colonias* extranjeras.

Aquí, como siempre, la escepcion no hace mas que confirmar la regla. Hubo un momento en que todos los habitantes del pais, ó al menos de la capital donde sus fuerzas vitales se reasumen, llegaron á confundirse en un mismo sentimiento nacional, combatiendo por la misma causa en una defensa heroica. Era que entonces se habia determinado la lucha en formas claras y definidas, que revelaban á todos los extranjeros cuales eran los intereses comprometidos en la lucha, y cuales tambien los combatientes donde los intereses generales encontraban su representacion y su guarda. Vinieron despues acontecimientos funestisimos ; los partidos se reconstruyeron fatalmente con sus viejos caudillos á la cabeza ; una continua sucesion de errores y crímenes iguales, fué el rasgo prominente de la lucha ; y entonces empezó á romperse la identificacion de un gran momento ; se dividieron las simpatias antes reconcentradas en un punto, y fluctuaron con incertidumbre desde un extremo al otro, hasta que se apartaron de ambos, quedando definitivamente establecido el profundo divorcio nacional que se vá caracterizando con las nuevas agregaciones de las fuerzas que, en una situacion distinta, debieran robustecer y dar esplendor á la Nacion.

El fenómeno descrito perderia mucha parte de su influencia, si la lucha de los partidos históricos no asumiese irresistiblemente las formas



de una guerra crónica. En la paz, siquiera fuese para los intereses económicos la realización de la divisa fisiocrática — *laissez faire, laissez passer* — la munificencia de la naturaleza y del trabajo reconciliaría al extranjero con las condiciones intrínsecas del país, y sus descendientes llegarían á formar un centro donde las transformaciones políticas encontrarían los mas vigorosos recursos de su acción. Efectos muy diversos tiene la guerra civil constante en que los partidos hacen arder á la República. Lo primero que sufre los efectos de ese azote, es el trabajo, el capital, la riqueza general del país. Cuando el extranjero empezaba á saborear el fruto de sus fatigas, á recoger la cosecha de sus desvelos, viene la convulsión política á entorpecer la marcha de los negocios mercantiles y á relajar todos los resortes de la actividad industrial. Pasa la convulsión rápidamente, y cuando las esperanzas acertaban á renacer con la prosperidad del trabajo, de nuevo la convulsión política viene á cubrir el horizonte con los resplandores de la destrucción y de la sangre. Así pasan los años y los años en el régimen fatal de la anarquía, sin mas tregua que ligeros instantes de armisticio. Esa tierra que Dios y las instituciones hicieron generosamente hospitalaria, conviértela nuestros partidos en pérdida celada de trastornos y de ruina. De lo que pudieran formar un bello Eden, los hombres parece que se empeñaron en formar todo un infierno.

De esa manera, la emigración se retraerá de nuestros puertos; empezará la emigración en nuestra propia casa; y si por razones providenciales para el porvenir de la República, la emigración no se produce en grande escala y la inmigración afluye siempre en demasía, veremos las colonias delinarse, no ya como fenómeno social, sino como organización política. La guerra civil trae espoliaciones y despojos y vejámenes que la población extranjera no puede soportar impunemente, desde que en las causas y en el desenlace de esa guerra no vá envuelto ninguno de sus intereses positivos. Sufre pérdidas sin compensación; se vé arruinada sin reconocer una sola causa justa que motive el sacrificio de todo aquello que lo vinculaba á nuestro suelo. ¿Cómo quereis que no se queje? ¿Cómo quereis que no defiende sus derechos mas legítimos? ¿Cómo quereis que no recurra á las autoridades de su país, si las vuestras no saben indemnizar ni siquiera poner fin á sus perjuicios?

Hay mas todavía en la cuestión. Sabido es que la guerra civil es-

timula y desarrolla las tendencias violentas de los hombres; épocas de convulsión política, son siempre épocas de excesos y de crímenes privados. Como si el estado que un célebre filósofo supone natural al hombre, lo fuese en realidad ó fuese al menos el estado anterior á la condición humana, cierto es que los espectáculos de sangre tienen influencia embriagadora y contagiosa en el seno de las sociedades políticas. Los asesinatos forman el cortejo obligado de la guerra. El primero de los bienes, el que no puede reponerse nunca, la vida, queda á merced de las mas terribles amenazas. Mientras tanto, la fuerza de la represión social desaparece. En las terribles necesidades de la lucha, un criminal es un soldado, cuando no es un jefe, y fuera insensatez privarse de él. En momentos supremos, que á cada momento se repiten, de la cárcel pública sale formado un batallón que muy luego se hace veterano y benemérito de la patria. Se relajan todos los resortes de la administración judicial, y el sentimiento de la justicia pierde su energía en todas las magistraturas del país. No hay garantías para la vida humana ni castigo para los asesinos. Y bien, — ¿pensais que los extranjeros se dejarán asesinar impunemente? ¿Pensais que no buscarán quien dé garantías á su vida? ¿Pensais que no tratarán por todos los medios posibles de encontrar castigo para los criminales que se han cebado en sus paisanos? A cada paso hemos de ver que los Ministros extranjeros, hostigados por sus súbditos y representando los mas caros intereses de sus súbditos, pretendan que se mande juzgar fuera de nuestro territorio á los reos de delitos cometidos en nuestro territorio, como lo hizo no ha mucho el Sr. Munro en notas tan verídicas como depresivas de nuestro estado social.

Hé ahí explicado porqué existen en nuestro país esas colonias con espíritu exclusivo, con intereses propios, con existencia independiente, reclamando la intervención constante de una autoridad que represente y satisfaga sus peculiares necesidades colectivas.

Rechazado de la identificación con nuestros partidos históricos, cada grupo nacional se reconcentra dentro su propio círculo; y sin protección para la propiedad y la vida de sus miembros en las agitaciones constantes de la guerra, aspira naturalmente á la formación de un gobierno que le asegure el goce de esos bienes primordiales.

De por sí, nada falta á esos grupos nacionales para constituir colo-

nias ; forzoso es reconocer que han tenido razon para bautizarse de ese modo.

¿ Esta situacion puede durar ?

¿ Hay medios de reparar tan grandes males ?

Diremos nuestra opinion en otro artículo.

## Los Palmares

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARIA RAMIREZ

### SEGUNDA PARTE

( Continuacion. )

#### XI.

Eduardo comprendia que en aquella situacion, ya no era posible retroceder, y que aquella escena debia concluir de cualquier modo ; sin embargo, la ingénuo desesperacion de Maria Angélica lo mortificaba con un sentimiento extraño en la conciencia, é involuntariamente su palabra se revestia de persuasiva unción.

— Si, Maria Angélica, prosiguió el jóven ; esta idea puede causarte horror porque todavia no te das exacta cuenta de la posicion en que te hallas al separarme yo de tí. Nuestra separacion es irremediable, irremediable. Tus lágrimas, tus gemidos, me parten el corazon, sin alcanzar á conmover mi voluntad. Ese llanto, ese dolor, me están probando una vez mas que eres un alma apasionada y tierna,.... apasionada y tierna, pero la pasion y la ternura no se concentran en un solo objeto ; de ese ardiente foco, hoy parten unos rayos y otros han de partir mañana. Tu corazon es un tesoro ; guárdalo para el hombre que puede hacerte feliz, muy feliz sin duda.

— Solo con vd. seria.... exclamó con voz entrecortada Maria Angélica.

— No, pobre niña, no ! te engañas ; eso es lo que se dice en las alucinaciones del amor, pero eso no es lo que sucede en el mundo. La mujer olvida y se consuela ; vendrán el olvido y el consuelo á curar los grandes dolores de tu alma....

— Ah ! bien veo, dijo Maria Angélica, que vd. ya no me quiere, y

que no puedo hacer para que se quede aqui en la Estancia. Vd. se va, y se casará con otra ; yo me quedaré llorando sola !

— ¿ Y porqué te has de quedar llorando sola, si puedes encontrar en el instante la felicidad que te compense estos pasajeros sufrimientos de la vida ?

— Qué felicidad es la que dice vd ?

— ¿ No lo has oido ya ? El capitán Miguel solicita tu mano ; se quiere casar contigo ; tu mismo padre me lo ha dicho ; yo le daré trabajo ; le aseguraré los medios de vivir tranquilamente.

— Usted ! exclamó Maria Angélica, levantando sus grandes ojos verdes hácia el cielo.

— Sí, yo mismo, sí ; D. Feliz quedará como encargado de la casa, y el Capitan Miguel vendrá á ser el capataz de la Estancia ; mas adelante, le haré una habilitacion de porvenir ; si quieres, le daré un buen pedazo de campo donde tú señales. . . .

— Yo no me sé vender, contestó la niña injénuamente.

— Me ofendes, Maria Angélica me ofendes, replicó Eduardo en el instante ; ¿ porqué me atribuyes una intencion tan vil ? Quiero hacer tu dicha y nada mas ; debiera hacerla, aunque no tuviese una falta que reparar en tí ; venero la memoria de tu padre y venero la del mio, que te profesaba un entrañable cariño. ¿ Y entonces, como no empeñarme en afianzar tu destino, en garantir tu dicha ? El capitán Miguel no podria casarse contigo, sino se le presenta una ocupacion estable ; lo que hago yo, es darle esa ocupacion, para que satisfaga sus deseos. . . nada mas.

— ¿ Y porqué no lo hizo antes ? preguntó amargamente Maria Angélica.

— Antes ! exclamó Eduardo con sorpresa.

— Si ! antes, porque entonces, yo simpatizaba con Miguel y hubiera sido feliz casándome con él ; V. me lo hizo olvidar ; V. impidió mi casamiento !

— Qué reproche ! por Dios ! ten piedad de mi arrepentimiento, y acepta la reparacion de mi falta. ¿ Simpatizabas con el capitán Miguel ? Está bien entonces ; esa simpatia vive en el fondo de tu alma, y renacerá con fuerza al estrechar los lazos de la union conyugal.

— Hoy es imposible !

— Imposible ? no lo digas. Tú amor hácia mi ha sido el sentimien-

to pasajero ; pero el sentimiento eterno es esa inocente simpatía que germinó en tu alma á las primeras expansiones de la vida. Maria Angélica, tú perteneces al capitán Miguel, y yo realizo los mandatos del destino, sirviendo de intermediario á vuestra union.

— Es imposible, señor, es imposible, dijo Maria Angélica, pronunciando la palabra *señor* maquinalmente.

— No me digas señor, exclamó Eduardo ; dejo de ser tu amante, pero soy tu amigo, tu protector. . . . ¿ entiendes ? Escucha mis consejos ; escúchalos. ¿ No has pensado en tu pobre madre ? ¿ No comprendes lo que va á sufrir, si por cualquier motivo. . . . llegara á descubrir tu falta y tu desgracia ? No comprendes cual será la sorpresa de tus padres al verte despreciar á un hombre como el Capitán Miguel. ; Cual será su dolor ! cuales serán sus sospechas ! ¿ Esa pobre señora tan delicada de salud, tan tierna, resistiría acaso á su dolor ? ¿ No lo reflexionas, Maria Angélica ? Aun suponiendo que no llegue á descubrirse nada, si tu madre te vé sola y anegada en llanto y desgraciada, ella que no tiene otro bien, otro amor sobre la tierra, — dejaría de ser la muger mas desventurada del mundo ? ¿ Y tu voluntariamente, darás á tu madre esos pesares ? Mira que diferencia si te casas con el Capitán Miguel. Entonces, te revisites de resignacion y de valor ; tus sufrimientos permanecen necesariamente ocultos en el fondo mismo de tu alma. Eres feliz á la vista de todos ; eres feliz á la vista de tu anhelante madre, que te verá querida por un hombre trabajador y fiel, que te verá rodeada de cariñosos hijos, angeles hermosos que llevarian la sonrisa de la felicidad á su agonía.

Al oír estas palabras, Maria Angélica levantó su cabeza, antes con desaliento reclinada sobre el hombro de su amante, se pasó las manos por la desordenada cabellera y arregló nerviosamente su vestido, diciendo con indefinible acento de extravío :

— Pero el Capitán Miguel, deveras..... se quiere casar con Maria Angélica !

— Si, contestó Eduardo, creyendo descubrir un principio de triunfo en estas palabras de la jóven ; hoy mismo debe venir con D. Feliz el Capitán Miguel, y todo quedará arreglado ; de tu voluntad tan solo dependerá la tranquilidad de tu familia ; de tu voluntad, dependerá tambien mi porvenir. Si rechazas esa union, dejas en mi alma un remordimiento eterno ; una causa perpétua de sinsabor y de amargura. Si la aceptas,

desaparecerá una sombra fatal de mi existencia y me será indeciblemente grata tu memoria..... Maria Angélica.... Maria Angélica.... ¿ me amas ?

— Con toda el alma, respondió efusivamente y sorprendida Maria Angélica.

— Pues bien ! si me amas, en nombre del amor que me profesas, por todos nuestros recuerdos de placer, por todos nuestros ensueños de felicidad, te pido el último de los sacrificios, te dirijo la última súplica del amante, te exijo la última prueba del amor. . . . Cede á mis ruegos ; atiende mis deseos ; obedece mi voluntad, si puedo mandarte todavia, . . . serás un ángel bendito si te decides á consentir en el enlace con el capitán Miguel.

Maria Angélica ocultó el rostro entre sus manos, y Eduardo prosiguió :

— Este momento solemne va á decidir nuestros destinos. Elige entre la rehabilitacion y la deshonra para tí ; entre la alegría y el duelo para tu familia ; elige entre el agradecimiento y las maldiciones de mi corazón. . . . Dime que te casarás con el capitán Miguel. . . .

— Si ! respondió Maria Angélica angustiada, despues de unos instantes de vacilacion y de lucha.

— Gracias, exclamó Eduardo alborozado ; gracias ! eres la criatura mas buena de la tierra.... prométeme que cumplirás esa palabra.

— Se lo prometo ! volvió á decir maquinalmente Maria Angélica.

— Ángel bendito ! ángel bendito ! El capitán Miguel está impaciente.... te casarás en estos dias.... ¿ no es verdad ?

— Cuando vd. quiera !

— Ah ! nunca te olvidaré, muger sublime !

Y al decir estas palabras estrañas, Eduardo imprimió un beso en la blanca frente de la niña, y se levantó violentamente, echando á caminar con paso apresurado por el bosque.

Pálida y convulsa, Maria Angélica dió un grito, púsose de pié, y estendiendo sus brazos hácia el punto por donde se alejaba su querido, exclamó con desesperacion frenética :

— Eduardo ! Eduardo ! Eduardo !

El eco del bosque respondió á esos gritos ; y luego, todo quedó en silencio.

*Tucapel* se había erguido sobre sus nobles manos y erizando todo su cuerpo, miraba á Maria Angélica, como pidiéndole una orden para lanzarse á cumplirla sin piedad.

La desgraciada niña se mantuvo en su actitud doliente hasta que dejó de percibir el ruido de las pisadas de Eduardo sobre las hojas secas del sendero, se apoyó en seguida en una rama del árbol que tenía mas cerca, y despues de vacilar unos instantes, cayó desplomada junto al tronco donde un dia recibió la primer caricia de su amante, y donde acababa de recibir la última!

## X I .

— Sano y salvo ! exclamó Luis, viendo llegar á su amigo, media hora despues de la conversacion que acabamos de referir á nuestros lectores.

— Sano y salvo ! repitió Eduardo, que durante su camino habia tenido tiempo de serenar el semblante.

— Ya creia que te hubiese devorado alguna fiera....

— ¿ He tardado mucho ?

— Pues es poco ! Estás *en mora*, y yo he de buscar un medio para indemnizarme los perjuicios !

— No te figures que es corta la distancia.....

— Si solo fuera la distancia, lo que te ha entretenido tanto el tiempo, conseguirias fácilmente mi disculpa.... En fin, amigo mio. ... hoy por tí y mañana por mí, ¿ no es cierto?... ¿ Cómo te ha ido con la chica ?

— Bien, muy bien.

— Eso lo creo, sin necesidad de diferirte el juramento. Lo que yo pregunto es si ha quedado convenido el matrimonio.....

— Completamente convenido.

— Y sin dificultades por supuesto. ....

— Si . . . . con pocas dificultades á lo menos . . . .

— Ves lo que te decia yo. . . . A esta gente no hay mas que entenderla, para hacerla andar derecha. . . . Oh ! si yo me viniera á vivir en una estancia !

— Vamos pronto, dijo Eduardo, á quien aquella conversacion embarazaba un tanto.

— A tus órdenes, respondió Luis ; necesito descansar ; he pasado un dia de calor insoportable.

— Ya está bajo el sol ; y tomaremos el galope para llevar mas pronto. Montaron á caballo los dos jóvenes, y á poco rato despues se apeaban en la enramada de la *Estancia*.

Estaban allí D. Felix y el Capitan Miguel.

— Vengan con nosotros, dijo Eduardo, tomando el brazo de Luis y dirigiendo el paso hácia las casas.

— Astucia, dijo Luis al oido de su amigo ; indiferencia sin afectacion : tranquilidad perfecta.

Eduardo respondió con una risa forzada, que le era en cierto modo peculiar, é hizo un signo significativo de silencio.

Llegados al comedor nuestros cuatro personajes, Luis fué á colocarse en un rincón desde donde podia observarlo todo sin tomar parte activa en la conversacion ; Eduardo hizo sentar á D. Felix y á Miguel en el sofá, acercando un sillón para sentarse frente á ellos.

Miguel vestia el mismo traje con que apareció por vez primera en nuestra historia ; altivo y melancólico, ocupó su asiento con naturalidad y se encaró impasiblemente con Eduardo.

— Ya le habrá informado al Capitan de lo que se trata, dijo Eduardo dirigiéndose á D. Felix.

— Si, señor, respondió el viejo ; ya sabe que Vd. quiere ocuparlo.

— Soy hombre de armas, dijo Miguel con pausa ; pero tambien soy hombre de trabajo ; mis armas son para mi partido ; mi trabajo es para todos.

— Tiene Vd. razon, exclamó Eduardo ; si lo he mandado llamar, no ha sido con intencion de influir en lo mas mínimo sobre sus opiniones politicas. . . . D. Felix bien lo sabe. . . .

— Si, señor, murmuró el viejo.

— Sin embargo, prosiguió Miguel, yo lo digo porque los compañeros suelen tomar á mal ciertos cosas que se hacen por las necesidades de la vida. . . .

— Se comprende perfectamente, dijo Eduardo ; si Vd. acepta la ocupacion que yo le ofrezco, será con la condicion de conservar su libertad para todo lo que pueda suceder en adelante, en nuestra tierra.

— Gracias, respondió Miguel con nable expresion de gratitud ; puede ocuparme en lo que guste.

— Necesito un capataz para la *Estancia*; D. Felix está viejo ; antiguo

servidor, merece una buena recompensa ; quedará para cuidar la casa y seguirá ganando el sueldo. Esa es, Capitan la ocupacion que yo le ofrezco.

— Señor, dijo Miguel con gallardia; aceptaria un trabajo inferior; siempre que fuese en un establecimiento como este, donde pueda tenerse algo seguro ; tambien yo necesitaba una ocupacion cualquiera..... Vd. debe saber porqué.....

— Si, D. Félix me lo ha dicho ; felicito á Vd. por su eleccion.

— Eso se arreglará despues con la muchacha y con la madre, dijo D. Félix meneando significativamente la cabeza.

— Si, contestó Eduardo ; por ahora lo importante es que el Capitan venga á recibirse de su empleo.

— Señor, observó Miguel sin alterar su voz tranquila ; no puedo contestar nada de fijo....

— ¿ Porque ? preguntó Eduardo con sorpresa.

— Tengo un abuelo, con quien me he criado desde niño ; está muy viejo ; D. Félix es un mozo al lado de él ; mucho tiempo lo he dejado solo ; ahora quiero acompañarlo en los últimos años de su vida....

— Pero vd. puede traerlo aquí á la Estancia..... Hay comodidad bastante.... D. Félix tiene tres ó cuatro piezas desocupadas....

— Podemos estar nadando dijo el capataz jubilado !

— Gracias, señor, contestó Miguel ; eso es lo que le voy á proponer á mi abuelito ; supongo que querro venir y entonces nos arreglaremos...

— Esa es ; entonces nos arreglaremos ; espero que vd. volverá pronto, Capitan.

— Mañana mismo.

— Antes de salir para Montevideo, quiero dejarlo en su puesto, definitivamente establecido.

— De todos modos, dijo Miguel levantándose, puede contar con un amigo leal.

— Hasta mañana ; respondió Eduardo, estrechando la mano de Miguel con efusion.

D. Felix y Miguel salieron.

— Una palabra, D. Felix, dijo Eduardo desde el umbral de la puerta.

— Qué se le ofrecia al patron, respondió el viejo volviendo sobre sus pasos.

— Es preciso, contestó Eduardo en voz baja que el casamiento se ha-

ga cuanto ántes, porque yo debo volver en breve, y estando aquí, no quiero los barullos que á título de festejos traen siempre esas historias.

— Ninguno tan apurado como el Capitan, dijo D. Felix : él todavia no quiere hablar nada con Maria Angélica, pero luego que traiga la contestacion, no ha de demorar mucho el *casorio*.

— En todo caso, disponga del dinero que precise..... no hay que pararse en eso.

— Gracias, patron, mil gracias no se puede negar que V. es el hijo del finado.

Y D. Felix salió á reunirse con Miguel, enjugando con su pañuelo colorado de algodón las gruesas lágrimas que corrian por sus tostadas y marchitas mejillas.

Eduardo lanzó un suspiro, y volvió inmediatamente al comedor.

### XIII.

Contra su costumbre y su carácter, Luis se encontraba pensativo y sombrío, en la misma posicion que ocupaba durante la conferencia con el Capitan Miguel.

— Vamos ! exclamó Eduardo al verlo, te has quedado en la actitud de un personaje de Byron !

— ¿ De cuál ? preguntó Luis volviendo con rapidez á su estado natural de buen humor.

— De *Lara*, ó del *Infel*, contestó Eduardo, cruzando los brazos sobre el pecho y fingiendo un aire de trájica solemnidad.

— Estas equivocando ; no veas en mi, ni á *Lara*, ni al *Infel* ; míralos en otro !

— ¿ En otro ?

— En otro.

— ¿ En quién, por vida mia ?

— ¿ No lo adivinas ?

— No por cierto. . . . .

— Eduardo, desconfia de ese gaucho, dijo Luis, golpeando con la mano derecha el hombre izquierdo de su amigo.

— ¿ Del Capitan Miguel ? preguntó con estrañeza Eduardo.

— Del Capitan Miguel, respondió Luis ; esos ojos negros, que ful-

guran entre las sombras de su cabellera negra y de su barba negra, me anuncian de una manera misteriosa, sentimientos negros en el corazón y pensamientos negros en el alma.

— Vaya, vaya, exclamó Eduardo; también yo tengo ojos negros, y cabellera negra; si me dejara la barba, también tendría barba negra — ¿y por esa razón tan solo, todo lo demás, he de tenerlo negro?

— Te falta á ti la chispa que brota del fuego interior de la venganza, y esa chispa es la que brilla en la mirada del Capitán Miguel.

— Eso puede ser; toda esta gente es vengativa.

— Desconfía de ese gaucho; con leal agradecimiento acepta tus generosas ofertas; pero mañana, si llega á descubrir el móvil de tu generosidad, la ira encenderá su corazón, y nada habrá en el mundo que pueda contener sus ímpetus feroces.

— ¿Crees que voy á tenerle miedo? exclamó Eduardo con altanería.

— No, respondió Luis tranquilo; pero creo que debes tenerle gran recelo; observa todos los movimientos de su alma; consérvate perpetuamente prevenido, y cuando llegue el caso, haz lo que hacen ellos mismos, *madrigalo*.

— No llegaremos á ese extremo; es imposible. El Capitán nunca sabrá lo que ha pasado, y aunque lo supiera, no pienses que tomaría estas cosas tan á pecho como lo haría uno de nosotros. Esta gente es vengativa; pero por otra clase de motivos que están más en relación con su carácter....

— Te equivocas! siendo venganza, cualquiera les hace cuenta.

— No me parece, no.... y sobre todo, tengo mis pretensiones de saber lidiar con ellos. Tu verás de que manera doméstico al Capitán Miguel! Empiezo por darle ocupación, esposa, familia....

— *Toute faite*, exclamó Luis con el ademán que usan los padres al decir *Dominus vobiscum*.

— Ya lo ves, prosiguió Eduardo; de día lo ato al yugo del trabajo, y de noche lo enjaulo en el hogar. Esto no bastará probablemente, y entonces, le haré echar profundas raíces en la tierra; le daré un campo; lo haré vecino afincado; lo haré propietario territorial.... Has de ver como abandona entonces todos sus hábitos de guerra y todas sus tendencias violentas, para convertirse en un hombre pacífico, laborioso y útil á la sociedad entera. Si, señor Don Luis! el trabajo, la familia y la propiedad territorial encierran el secreto de la civilización del gaucho. Si en

algo me lisonjea el tener mucha fortuna, es para llevar mi contingente á esa gran obra.

— Sobre ese particular, replicó Luis, tiene cada cual sus opiniones. Para mí, es la cuestión de los indios; no se estirpa el mal sinó conjuntamente con la raza. Tú sueñas otro camino; está bien, pero yo me quedo con la vía ejecutiva. De todos modos, apruebo tus proyectos, siempre que no descuides mi advertencia. Dando tierra al gaucho, no haces en cierto modo más que una restitución obligatoria; tú no debes ignorar que la fortuna que hoy disfrutas viene de tu abuelo, y que tu abuelo, conspicuo personaje de mi gremio, la hubo ganando pleitos contra las donaciones que el caudillo Artigas prodigaba á sus compañeros de armas. ....

En el instante que pronunciaba Eduardo estas palabras, entró D<sup>a</sup> Salustiana al comedor para ocuparse de tender la mesa, y quedó la conversación interrumpida.

— Ven á ver las habitaciones nupciales, dijo Eduardo á Luis aprovechando un instante en que D<sup>a</sup> Salustiana había salido.

— *A tes ordres*, contestó Luis, y los dos amigos se dirigieron á las piezas destinadas para recibir á Adela.

Luis estuvo lleno de alegres chanzas al examinar la alcoba, y Eduardo encontró ocasión de reanudar sus interrogaciones sobre la coquetería de su amada, y sobre las esperanzas de su amor.

Caía ya la noche, cuando D<sup>a</sup> Salustiana fué á advertirles que la comida estaba pronta; los dos amigos volvieron al comedor y se sentaron á la mesa conversando de cosas indiferentes y banales.

— Has tenido buen apetito, dijo Luis al terminar la cena.

— Cómo maquinalmente, siempre que me encuentro preocupado, replicó Eduardo levantándose.

— ¿Ya nos vamos á dormir?

— Estoy cansado.

— Y yo también. .... *andiamo*.

Una vez en el dormitorio, Luis se dirigió á Eduardo preguntándolo.

— ¿Cuándo es viaje?

— Tan pronto como nos sea posible.

— No consiento en demorarme muchos días; puedo decir que he venido de *incognito* por seis ó siete días á lo sumo, y cuatro ha ya que falto de Montevideo.

— También estoy impaciente por arrancar de aquí; en cuanto el Capitán Miguel traiga su conformidad para el asunto, nos ponemos en marcha, y en menos de dos días. . . . .

— Hacemos nuestra entrada triunfal por la calle real de la Unión, agregó Luis complementando la frase de su amigo; convenido! el Capitán dijo que vendría mañana y cumplirá su palabra; mañana diremos adiós á los *Palmares*.

— Quien sabe! dijo Eduardo acercándose á una ventana que se encontraba abierta; parece que se descomponen el tiempo; la noche está oscura como una boca de lobo. . . . .

— Como las miradas del Capitán Miguel, dijo Luis fuciendo el ceño.

En ese instante, una voz tímida y llorosa, murmuró desde las sombras del patio. — Eduardo!

— Presente! exclamó Luis aproximándose con decisión á la ventana.

— Aléjate! dijo en vos baja Eduardo, y detuvo el paso de su amigo.

— Aléjate! repitió Luis imitando el tono solemne que había tomado Eduardo.

— Déjame solo, déjame solo. . . . . entiendes. . . . .

Y diciendo estas palabras enérgicas, Eduardo empujó á Luis hasta la puerta de la habitación contigua.

— Egoísta! murmuró Luis, con afectada indiferencia al alejarse.

Eduardo cerró precipitadamente aquella puerta, apagó la luz del aposento y volvió con ansiedad á la ventana.

(Continuará.)

## El rey de los pajaritos

UNA PÁGINA DE HISTORIA NATURAL

Aunque parece disonar con el resto de nuestra publicación, intercalamos hoy entre las páginas de literatura y las páginas de política, una página de historia natural.

No solo nos induce á ello el deseo de dar á conocer uno de los más extraños fenómenos que el reino animal puede ofrecer, sino también el sentimiento natural que despierta en el alma humana, la reproducción de impresiones recibidas en épocas solemnes de la vida.

El *Rey de los pajaritos*, es una de las más bellas tradiciones, por decirlo así, que recojimos durante nuestra permanencia del destierro en la sierra hospitalaria de Córdoba, y nos es grato encontrar confirmada por una exposición científica, la extraña narración que en nuestros lábios, á muchos parecía una fábula.

Hé aquí lo que á ese respecto dice la *Memoria descriptiva de los productos naturales y de industria de los Departamentos del Oeste* presentada al Gobierno de la Provincia de Córdoba por el Comisionado D. Vicente Alcalde Espejo, que nos ha obsequiado con un ejemplar de su interesante obra.

«Por todas partes de la Campaña se oye hablar de un ave especial, designada con el nombre jerárquico de *Rey*; que por cierto, es bien poco agradable á nuestros instintos republicanos; y le agregan al preposición *de*, el artículo *los* y el sustantivo plural *diminutivo*, pajaritos.

Del *Rey* de los pajaritos pues, se cuentan por todas partes las crueldades que comete con los pequeños habitantes del aire; refieren que estos, se ofrecen al parecer en holocausto espontáneo ante el tirano.

«Veamos pues lo que refieren. Es, dicen, un ave muy pequeña, que todos los días se posa sobre las ramas de algún árbol y comienza por cantar; al momento acuden á aquel sitio las avecillas que lo oyen, las que llegan revoloteando á su alrededor y se van colocando en círculo en las ramas donde está parado el *Rey*: que cuando ya no concurren más aves, señal de que no las hay al alcance de su cauto; se revuelve sobre sí, arrojándose sobre la que le parece más á propósito, hincándole sus garras, que la dejan muerta en el acto. Las otras aves se van y el asesino se goza en separar la cabeza de su víctima, que es lo que únicamente come ó aprovecha; dejando caer al suelo el cuerpo, sin tomar parte alguna de él.

«No daban razón de la semejanza de esta con las demás aves carniceras: nadie sabía explicar con cual de ellas tuviese analogía, como no saben decir, en donde cria, ni cuantos polluelos saca cada año.

«Nosotros tuvimos por fabulosas las estupendas azañas del *rey* de los pajaritos, pues nuestra memoria no retenía haber leído nunca nada que tuviese analogía con estos hechos. Ni el sapientísimo natura-

lista Bufon y los no menos célebres Cuvier y Lesson, han hablado de semejante tiranuelo, y si algo han escrito, nuestra memoria nos es infiel.

« Recordamos si, que hablando el primero de aquellos sabios, de la *picaza silvestre*, ave de rapiña, de una bravuua sin igual y así mismo del *mochuelo* mediano y de la *Zumacaya*, dice de la 1.<sup>a</sup>, que acostumbra comer insectos; pero que prefiere los pajarillos, á quienes corta con el pico el pescuezo, y la cabeza; abriendo esta en seguida y desplumando el cuerpo que se come despedazado.

« No tiene pues aplicacion el caso, con lo que refieren de nuestra ave de rapiña.

« Respecto á los segundos, ó sea al *buko* mediano y la *Zumacaya*, hay analogias en *algo*; pero falta el sacrificio consumado por el *rey* de los pajaritos, que aquellos no intentan ni ejecutan.

« Se tiene por muy sabido que el *buko* y *Zumacaya*, aves de rapiña nocturnas, entonan de dia su lúgubre cancion, *culclub*, y que las aves que oyen su canto, vienen á rodearlas, no se sabe si para burlarse y divertirse con la ridícula pedanteria de sus gestos y movimientos extravagantes; ó para conocer el sugeto de quien sale de noche el mismo tétrico cantar que debe molestarles el órgano auditivo.

« Tenemos pues en esta comparacion alguna analogia con los hechos. El *rey* de los pajaritos canta de dia y vienen sus súbditos á rodearlo: el *buko* y la *Zumacaya* cantan tambien de dia y se ven cercados por las demas aves. Empero, faltan dos actos de comparacion: — 1.<sup>o</sup> que el *rey* de los pajaritos, afirman que no hace gestos ni movimientos; 2.<sup>o</sup> que sacrifica un ave á ciencia y paciencia de sus compañeras; de quien come la cabeza, y aquella ó sea el *buko*, se contenta con hacer sonseras y pantomimas, pero sin ofender á sus insultantes espectadores.

« Por casualidad hemos podido obtener un *rey* de los pajaritos, en Cruz del Eje.

« Estando reunidos varios vecinos de aquella localidad, con objeto de suministrarnos noticias, vinieron á avisar de que en un árbol muy próximo estaba cantando el *rey* de los pajaritos y que ya empezaban á acudir las demás aves.

« Salimos todos; y á pocos pasos, me indicaron el punto en donde estaba posada dicha ave. Ocupaba lo mas alto de la copa de un árbol;

cantando sin intervalos una especie de silvido agudo, aspirante, pero, desagradable; al parecer, modulaba las silabas *un-vu un-vu*; cuya entonacion, nos pareció harto melancólica.

« Habia ya en su rededor, siete pajarillos de diferentes especies; otros diez ó doce, en el ramage de árboles muy inmediatos; otros venian revoloteando y como al parecer, queriendo y no queriendo allegarse cerca de su verdugo.

« Hubiéramos diferido el dispararle, por ser testigos del sacrificio; pero temimos que un incidente cualesquiera nos privase de la posesion de un ave, que tanto deseabamos; le tiramos pues, y cayó entre un seto, con alguna vida; la bastante para herirnos á dos de los presentes.

« Tengo la satisfaccion de acompañarla con los objetos que pasan á manos del Presidente de la Comision.

« Esta ave, puede ser objeto de estudio, para los naturalistas, que dirigen la coleccion *ornitológica*, de la Exposicion; y si es que sobre ella nada se ha escrito, puede ser de gran interés para los Zoólogos, que tanto se afanan por enriquecer la ciencia; dando principio á investigar los demas atributos del *corta-cabezas* de rapiña, á que nos referimos. »

## El bautismo de la vida nueva

Con satisfaccion patriótica, hemos sucesivamente señalado en las paginas de la *Bandera Radical*, el itinerario que vá siguiendo en nuestro pais la generosa reaccion contra el azote de la guerra civil, contra el estado permanente en que vivimos desde la independencia hasta nuestros dias.

Esa reaccion es la que encierra el porvenir de la República, y nosotros nos proponemos no perder uno solo de sus pasos.

Tres cólegas acaban de presentarse en el gran debate de la prensa; y apesar de sus diferencias de carácter y de ideas, esos tres cólegas se armonizan en un anatema comun contra la guerra.

La politica de odios y de sangre está definitivamente vencida en el terreno de la razon y de la prensa. Es la primer victoria ganada. El bien irá adelante y no se detendrá sino en la radical trasformacion de nuestro ser politico.



Hablan los nuevos cólegas :

—La *Revista Mercantil* :

**DOS PALABRAS.**

Cuando la diestra airada del hermano  
 Contra el hermanoalzada,  
 En lucha estéril se fatiga en vano;  
 Cuando apenas allá en el horizonte  
 Brilla la ténua luz de « una esperanza, »  
 Vaga como la vela salvadora  
 Que el náufrago infeliz en sus delirios  
 Cree siempre ver, y que jamás alcanza;

(AURELIO BERRO — *Pan y Lágrimas.*)

« Aun resuenan en nuestros oídos los dulces ecos que en ocasión solemne arrancara á su inspirada lira el poeta cuyo nombre aparece al pié del epígrafe de nuestro artículo.

« Aun parecen oírse los aplausos con que el pueblo de Montevideo, allí reunido, saludaba la armonía de aquellas estrofas, dignas de la pluma de un Rioja o de un Fray Luis de León.

« Y aun también se nos figura ver la impresión producida por aquella tiernísima oda en el ánimo del auditorio culto é inteligente que escuchaba la lectura, y que, al propio tiempo que manifestaba su entusiasmo exterior, no podía menos de asociarse en su imaginación á las ideas del poeta, y llorar con él, al par que las tribulaciones de un país hermano, las desgracias de una patria querida.

« En nada han variado desde entonces las circunstancias que motivaron la sentida inspiración del poeta; en nada se han modificado las causas que habían conducido á la República Oriental á la crítica situación que pintaban los ayes de aquella lira.

« Permítasenos, pues, que, al escribir la primera página de la «*Revista Mercantil*,» uñamos nuestra voz á la voz del comerciante-poeta, — hijo tan afortunado de Apolo como de Mercurio, — y confundamos nuestro dolor con el dolor que deben sentir, en presencia de la patria desgarrada, todos los buenos Orientales.»

— *La Paz* :

« Venimos á sostener la paz : con calor y con entusiasmo cuando ella dé por resultado el movimiento armónico de todas las actividades ; con fé en el porvenir y confianza en el esfuerzo de una propaganda activa, cuando ella sacrifique los intereses legítimos y bien entendidos del país á la influencia de las fuerzas existentes que hayan sido creadas por el desorden.

« En la vida normal de las naciones la paz es la necesidad suprema ; sin ella agoniza el progreso, muere la industria, se detiene el comercio y el ciudadano y el individuo se anulan y se pierden ante el soldado. La paz es la ley cubriendo á

todos con su sombra benéfica ; el derecho purificando al aire político que respiran los hombres públicos ; la justicia iluminando con el mismo rayo de luz todas las acciones buenas y dejando en el horror de la oscuridad las maldades de la sociedad y del individuo ; es la libertad estendiéndose por todo el edificio desde la base á la cumbre y ligando y robusteciendo con sus manifestaciones infinitas los mien- elementos que entran en la composición de las naciones.

« Salidas de la guerra, las sociedades humanas caminan siempre hacia la paz en su viaje sin término. En la antigüedad la guerra dura siempre ; en la edad media tiene sus intermitencias ; en la época moderna es el estado anormal de las naciones. Pacificación y civilización son casi sinónimas. »

— *Los Debates*

« Cuarenta años de guerra civil incesante ; cuarenta años de ruina, desolación y muerte, forman ese abismo que separa el pasado glorioso del porvenir sonriente, esa época feliz para los menos, infortunada para los mas.

« Cuarenta años de glorias y duelos, con sus epopeyas y sus hecatombes !

« Hemos visto deslizarse los tiempos, siempre retrocediendo, sin pensar en la prosecución de la obra de grandeza iniciada por nuestros padres, y cobardemente abandonada despues.

« Hemos visto decaer nuestro crédito en el extranjero y soportar el pueblo los horrores de la miseria. Hemos lamentado por fin, el sacrificio de sangre en holocausto de la monstruosa guerra civil.

« Estamos en el estado mas calamitoso como pueblo, y á la expectativa de nuevos y cruentos sacrificios, de sangre, de fortuna y de crédito, y á nuestro espíritu torturan tan grandes calamidades, al pensar cuan digno es el país de mejor suerte.

« El presente pasa para nosotros como la cenicienta nube que corre bajo un cielo puro, llevando en su seno los restos de la tormenta.

« En medio de tan desesperantes días, una voz se levanta enérgica para condenar los abusos. Una protesta muda pero elocuente guarda el corazón de la juventud, que ha creído llegada su hora para pensar, para discutir, para sostener con valor los derechos públicos, siempre juguetes de caprichosas inconsecuencias.

« La voz de la juventud que se levanta depurando con su iniciativa la atmósfera de corrupción que nos envuelve ; viene á proclamar alta política, para preparar el camino á la reforma radical.

« Nosotros la ayudaremos con buena voluntad y con abnegación, porque las grandes obras imponen sacrificios, pero los sacrificios dignifican al ciudadano.»

## La semana política

Ensanche y descentralización de la prensa — Nuestros compañeros de armas en la Cárcel — Peticion de los presos: el Habeas Córpus Oriental — Agravacion creciente de los males públicos — El problema insoluble de la Hacienda — El problema insoluble de la guerra — Anarquía moral de nuestra época.

Concluimos en el número anterior anunciando el movimiento inesperado que la prensa toma en la Capital de la República, cuando parece que el desencanto y la fatiga debieran como nunca abatir á los espíritus y entregar el imperio esclusivo de las cosas á las brutales fatalidades de la fuerza.

En este número, podemos saludar la aparicion de los cólegas á que nos referiamos, y consignar algunas apreciaciones sobre el programa con que se presentan, sobre la mision que vienen á cumplir en el gran laboratorio de los destinos orientales.

Empazaremos por *La Revista Mercantil*, el primero en el orden cronológico y el primero tambien en importancia para los intereses mariales del pais.

*La Revista Mercantil* trae un propósito, que se encuentra perfectamente formulado en sus palabras:

« Estudiar los acontecimientos que se presentan en el mundo financiero, económico y mercantil. »

*Estudiar* en una palabra algo borrada en el vocabulario de la prensa, de la prensa diaria sobre todo, que por las condiciones especiales de su organizacion, está perpétuamente condenada á improvisar las opiniones y á precipitar todos los juicios.

Nadie puede desconocer la suprema importancia del diarismo; el diarismo tiene la primera y la última palabra en todas las cuestiones donde se agitan intereses públicos; pero entre la primer palabra de alerta y la última palabra de ataque, es de primordial utilidad que se produzca la manifestacion tranquila del periódico.

En la combinacion de las dos formas, ha de encontrarse la mejor organizacion de nuestra prensa.

El periódico representará la reflexion; y el diario representará la accion; sin la accion, la reflexion seria impotente, y sin la reflexion, la accion se estraviaria fácilmente.

En el ejercicio de esta reciproca influencia, el periódico serviría de norma y de correctivo al diario; el diario serviría de estimulante y de explorador al periódico.

Se aplicaria el principio de la division del trabajo, y las tareas se repartirian entonces en armonia con las aptitudes y la especialidad de cada cual.

Bajo esta faz, la *Revista Mercantil* viene á prestar un servicio importantísimo, porque si cuestiones hay, que deben tratarse con meditacion y con cuidado, que deben separarse de toda apreciacion apasionada, que deben preservarse de todas las malas y frecuentes inspiraciones del momento, esas son las cuestiones económicas y financieras que la *Revista Mercantil* viene á estudiar.

Por otra parte, el nuevo cólega enarbola una bandera simpática para todos los que han llegado á convencerse de que en la prolongacion de nuestras luchas civiles y en la perpetuacion de nuestros partidos históricos, el pais no encontrará sino desórdenes, ruinas y calamidades crecientes.

La *Revista Mercantil* no viene á hacer política, pero promete que cuando la política se relacione con los objetos de su propaganda, la imparcialidad y la independencia mas absoluta serán la norma suprema de sus juicios, anticipando algunos conceptos que ponen en transparencia su programa, completamente extraño á los intereses personales de los bandos.

Bien venido sea el compañero, que por un nuevo camino así coadyuva á la regeneracion moral de la República!

Después de la *Revista Mercantil* surgió *La Paz*, bajo la direccion de José Pedro Varela, joven é incansable obrero de la educacion primaria en la República.

Apárentemente, Varela sigue bien su rumbo: educacion y paz se hermanan á punto de confundirse en una sola idea.

*La Paz* es consecuente con su nombre y aboga decididamente por la paz.

Viene con propósitos de conciliacion y de armonia, tratando de calmar pasiones y de levantar principios.

Se presenta con un programa que reasume las mas hermosas aspiraciones de las sociedades modernas.

Todo eso trae *La Paz*, pero lo trae envuelto en los viejos harapos del pasado ;

Cuando quiere paz, la quiere como una tregua necesaria al duelo entre los Guelfos y Gibelinos orientales.

Cuando aspira à la conciliacion y à la armonia, es en la contradictoria salvacion del elemento que producirà infaliblemente la discordia.

Y enfin, cuando formula un gran programa de principios, es para colgarlo como piadosa ofrenda al cuello de los idolos viejos del pasado.

Los que hemos llegado à pensar que no se alcanza el bien del pais, sino con la firme resolucion de echar por tierra la divisa de la montonera blanca y la divisa de la montonera colorada, nos vemos separados por una divergencia radical de nuestro cólega, diferencia radical que consigamos sin dejar de reconocer y de aplaudir el noble concurso que se presta à la obra material de la pacificacion del pais.

Despues de la *Paz*, han aparecido *Los Debates*.

Apenas nos queda el tiempo necesario para recorrer ràpidamente el primer número, donde su redaccion se muestra llena de ideas generosas y de sentimientos patrióticos.

Este primer número de los *Debates* ha venido à desvanecer muchos rumores que de labio en labio circulaban, atribuyendo al nuevo diario conecciones desdorosas con la política ministerial.

Nosotros que conocemos à Bauzá, siempre creimos que sabria conservar su independencia personal y su dignidad de ciudadano, consagràndose à la prédica de sus opiniones en la mas àmplia libertad de situacion.

Acaso encontramos algo de indeterminado y de vago en las primeras producciones del ilustrado cólega ; acaso disintimos en alguno de sus principios políticos, pero nos congratula el ver que se presenta desligado de toda tradicion histórica y de toda vinculacion con el pasado, aspirando à la reconstruccion y à la regeneracion del pais, por vias completamente estrañas à la vieja política de bando y caudillaje.

De todas maneras, sea cual sea la opinion que se haga acerca del programa de los nuevos cólegas, no hay sino razones para felicitarse de la fuerza de expansion que la prensa de la Capital experimenta.

Si ! es necesario que todos los programas y todos los matices de pro-

grama tengan su representacion en nuestra prensa ; que todos los pensamientos se revelen, que todas las ideas se difundan.

En ese aparente desconcierto, concluye por armonizarse la opinion y unificarse la accion pública.

Para la prensa, como para la organizacion de cualquier fuerza social, la centralizacion siempre es funesta.

En la centralizacion, se verifican siempre dos fenómenos aparentemente contradictorios, pero reales : hay impotencia y prepotencia.

Impotencia para llenar todos los variados fines de la vida, y prepotencia para estralimitarse en la prosecucion de un fin determinado.

Descentralizar la prensa es hacerla apta para ejercer vasta influencia sobre todos y cada uno de los intereses públicos, à la vez que hacerla ineficaz para ejercer presion sobre aquel punto donde concentra con ahinco sus esfuerzos.

La prensa descentralizada será mas benéfica para la libertad y menos temible para el órden ; crecerà su importancia y estarán mas garantidos sus fueros ; será mas libre y mas respetada que antes.

Hay sin embargo ciertos puntos en que la prensa toda debe unirse, para reclamar justicia, para pedir la reparacion del atentado.

Solo una voz debe escucharse, cuando se trata de sostener la noble independencia de la prensa y el respeto de sus mas sagradas garantias.

Salvemos el principio, ya que no nos es posible salvar à los compatriotas en quienes el principio fué violado.

No olvidemos nosotros, los de la milicia de la prensa, que algunos de nuest.os compañeros de armas se encuentran aherrrojados en la cárcel por el crimen de haberse acojido à la bandera de la libertad del pensamiento.

La prensa diaria, que mas influencia ejerce en estas materias, debe levantar una protesta enérgica, acompañando los esfuerzos de aquel cólega, al cual nadie podrá negar el título de infatigable campeón de las garantias individuales y de las libertades públicas.

Lo contrario es dar derecho à que mañana se haga con nosotros lo que hoy se hace con Bergara, de la Hanty, Casenave y otros ciudadanos, entregados à un consejo de guerra ó sometidos à una prision que se vá pareciendo mucho à la Bastilla.

En estos momentos, corresponde ayudar las tentativas que los presos

hacen para escapar del atentado, apelando á los resortes constitucionales que protejen la libertad de los habitantes del pais.

Los presos se han dirigido al Superior Tribunal de Justicia, pidiendo el auto de *habeas corpus*, que debe arrebatarlos á la prision arbitraria en que se encuentran, y someterlos al juicio legal que ellos merezcan.

El *habeas corpus* es una legislacion inglesa en sus detalles, pero en su principio elemental, es una legislacion inseparable de todos los sistemas constitucionales.

Cada Poder tiene sus funciones demarcadas : y ninguno puede ultrapasar las suyas.

El Poder Ejecutivo no tiene la mision de fallar pleitos ni de juzgar delitos ; cuando pretende hacerlo, el Poder Judicial formula su reclamacion y retrovierte á su jurisdiccion legitima la causa ó el delincuente que le fué usurpado.

Esto es elemental é incontestable.

El principio no podria sufrir alguna restriccion sino en dos casos : en el caso del artículo 81, y en el caso del artículo 143 ; en el caso de las medidas prontas de seguridad y en el caso de haberse suspendido la seguridad individual.

No estamos en el primer caso, porque el Poder Ejecutivo no ha dado cuenta á la Comision Permanente de las prisiones de los periodistas, y no estamos en el segundo caso, porque la Asamblea General no ha decretado la suspension á que aludimos.

Lisa y llanamente, la jurisdiccion de los tribunales ha sufrido una invasion, y los presos están en toda la plenitud de su derecho, apelando á la Corte Suprema de Justicia para que repare el atentado y haga cesar sus consecuencias.

En este terreno, la prensa diaria no debe omitir esfuerzo alguno para ausiliar á los compañeros que han sido victimas de los atropellos de la fuerza.

Nada se conseguirá tal vez en el sentido de libertar á los presos, pero al menos se salvará el principio, dando nosotros testimonio de la solidaridad moral que existe en el derecho de todos los que se lanzan á la incruenta campaña de la idea.

Y decimos que nada se conseguirá en el sentido de libertar á los presos, porque de algun tiempo á esta parte se revela en los hom-

bres del Gobierno, en los depositarios de la fuerza pública, el marchadísimo propósito de oponer á todas las proteestas de la justicia y á todas las exigencias de la opinion, la incontrastable inercia de un poder que todo lo invade con la corrupcion del oro y que todo pretende dominarlo con la presion de bayonetas mercenarias.

El pudor republicano está perdido, completamente perdido en los políticos del Fuerte.

Nada puede esperarse de ellos — nada !

La prensa gritará — al ladron ! y los robos se seguirán á la luz del dia consumando.

Gritará — al asesino ! — y los asesinatos, se repetirán sin trégua á nuestra vista.

Gritará — *Al violador de nuestra Constitucion y nuestras leyes !* y las violaciones se reirán de la prensa á carcajadas.

Entretanto, con esos hombres á la cabeza del Gobierno, será necesario que el pais resuelva los dos problemas que lo trastornan y lo agobian.

El problema insoluble de la Hacienda y el problema insoluble de la guerra.

No mas emisiones del Estado — no mas aumentos de los derechos de Aduana — no mas empréstitos leoninos — no mas compromisos onerosos sobre las rentas futuras de la República — hé ahi lo que dice la opinion por todos sus organos reunidos.

El convencimiento está hecho ; hoy ya pasa como axioma, que el problema de la Hacienda no tiene otra solucion sino *La Paz*.

Pero la paz ! la paz es el arco de Ulises, que los pigmeos de las posiciones oficiales no son capaces de levantar entre sus manos.

Materialmente débiles para dar la paz con la victoria, y moralmente mezquinos para dar la paz con la concordia.

Disipfarrando millones y comprando bayonetas estrangeras sin medida, no han sido capaces de organizar un ejército que pueda llevar el ataque al enemigo.

Ahi estan los últimos sucesos probando á la evidencia nuestro aserto ; las fuerzas del partido blanco han estado cuatro dias desafiando impunemente á todas las fuerzas del Gobierno que no han osado arriesgar una batalla en que la iniciativa les correspondia !

Eso, para la victoria ; para la concordia, esto otro.

En momentos de expansion generosa cual ninguno ; á tiempo de que el pais entero se levanta reclamando la conciliacion de los partidos ; cuando un extranjero influyente en ambos bandos, se ofrece á servir de intermediario entre ellos, los hombres del Gobierno no han sido capaces de arribar á una sola conferencia en que el problema de la pacificacion se discutiese con patriotismo, con magnanimidad y altura.

Ahi estan, rotas y definitivamente rotas, las negociaciones entabladas por el General Osorio.

Si los dolores del alma no fuesen superiores á las satisfacciones del espiritu, nosotros nos sentiriamos lisonjeados por haber puesto en transparencia *el inevitable fracaso de la mision Osorio*, cuando la prensa toda formulaba las mas amplias seguridades sobre la realizacion inmediata de la paz.

O vemos mas, ó tenemos mas valor para decir lo que vemos.

El horizonte está sombrío; la tormenta arrecia — ¿cómo nos salvaremos del naufragio ?

Seria necesaria una prodigiosa uniformidad de fuerzas en la maniobra de la nave ; y desgraciadamente, nunca se ha visto como ahora desarrollarse una anarquia moral tan acentuada.

En el mismo seno de los bandos, no hay cuatro personas que piensen de un mismo modo, y los que se encuentran fuera de ellos, todos piensan con criterio exclusivamente propio.

En la negacion, todos conformes ; pero al llegar á las afirmaciones, toma cada uno por su lado.

¿Qué hay en el fondo de este caos en que vivimos ?

¿La disolucion de la antigua disciplina de partido ?

¿La dispersion providencial de todos aquellos elementos que mañana formarán la nueva comunión política ?

Si así fuese, la República pasaria por una de esas crisis extremas, que regeneran y engrandecen á los pueblos, operando las dolorosas transformaciones del progreso.

---

### Disculpa

A no haber habido un dia feriado un la semana, no faltarian á este número algunas páginas de exésos para los diversos materiales que nos sobran.

En el próximo número podrán tomar nuestros lectores a revancha.